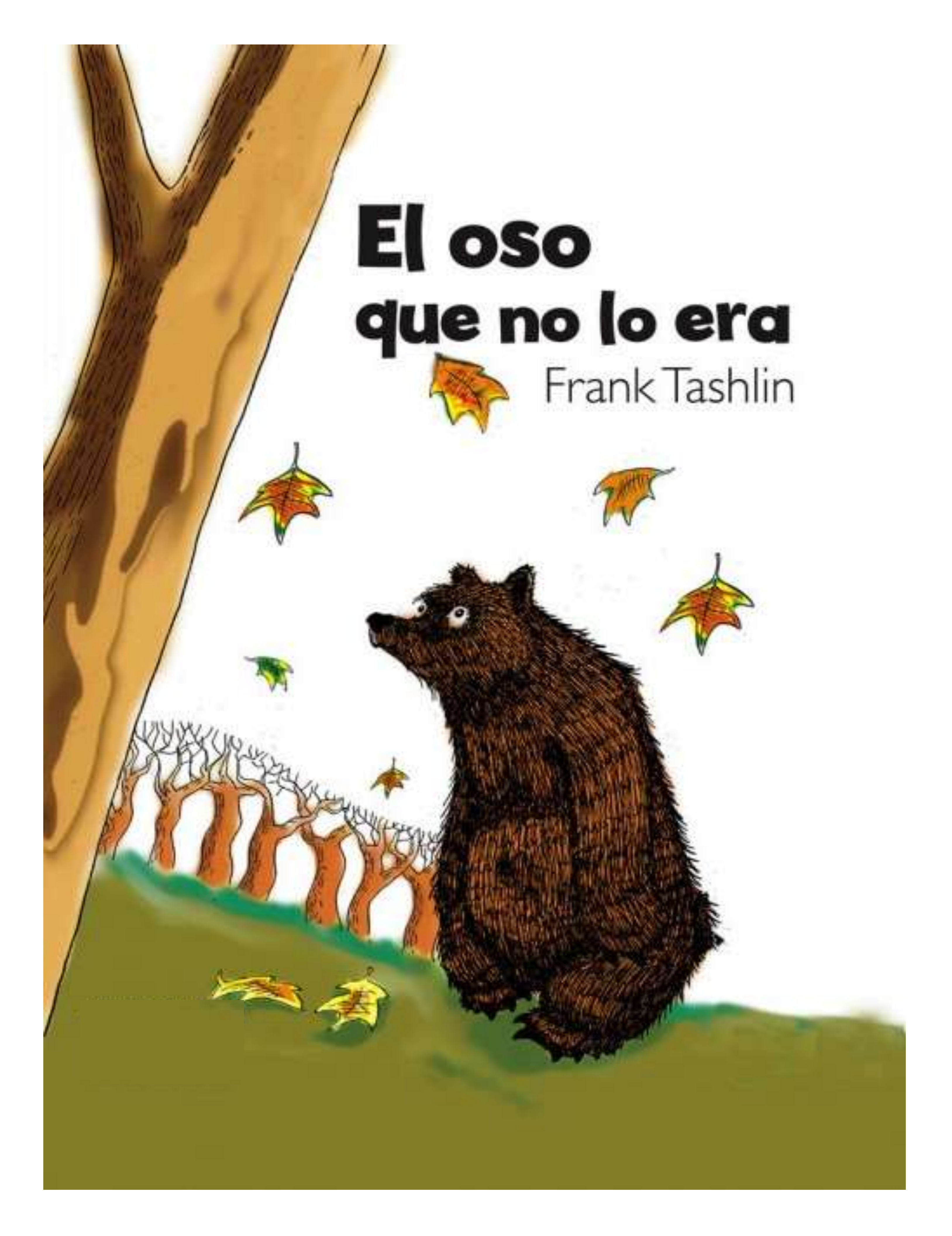

El oso
que no lo era
Frank Tashlin



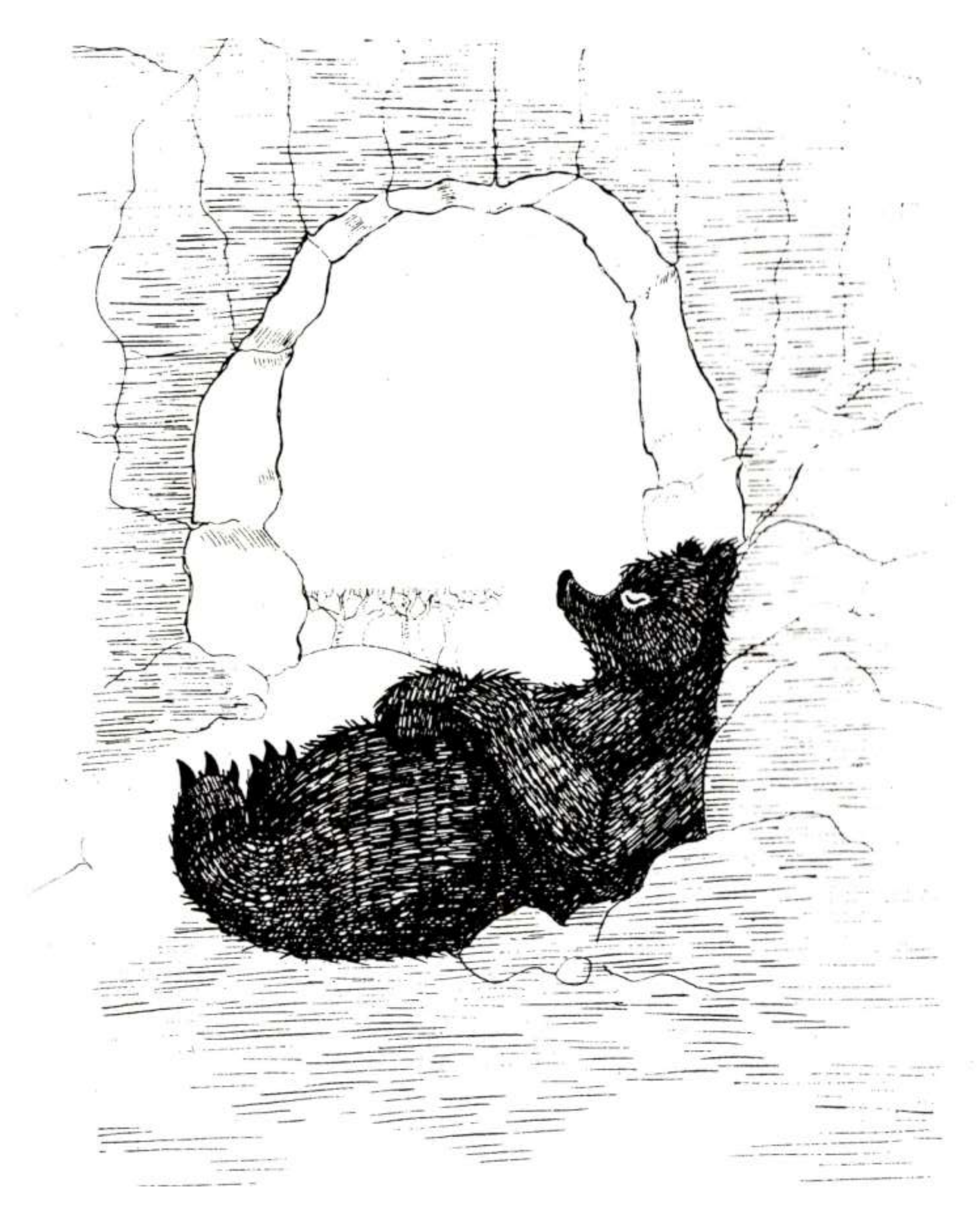
Érase una vez –para ser precisos, un martes– un oso que estaba parado en el lindero de un gran bosque mirando hacia el cielo. Allá, muy alto, vio una bandada de gansos salvajes que volaban hacia el sur.

Se volvió y miró desde abajo los árboles. Todas sus hojas se habían vuelto amarillas y marrones y caían de las ramas una a una.





Sabía que cuando los gansos volaban hacia el sur, cuando las hojas caían de los árboles, el invierno no tardaba en llegar. Pronto la nieve cubriría el bosque y ya era hora de buscar una cueva en la cual invernar.

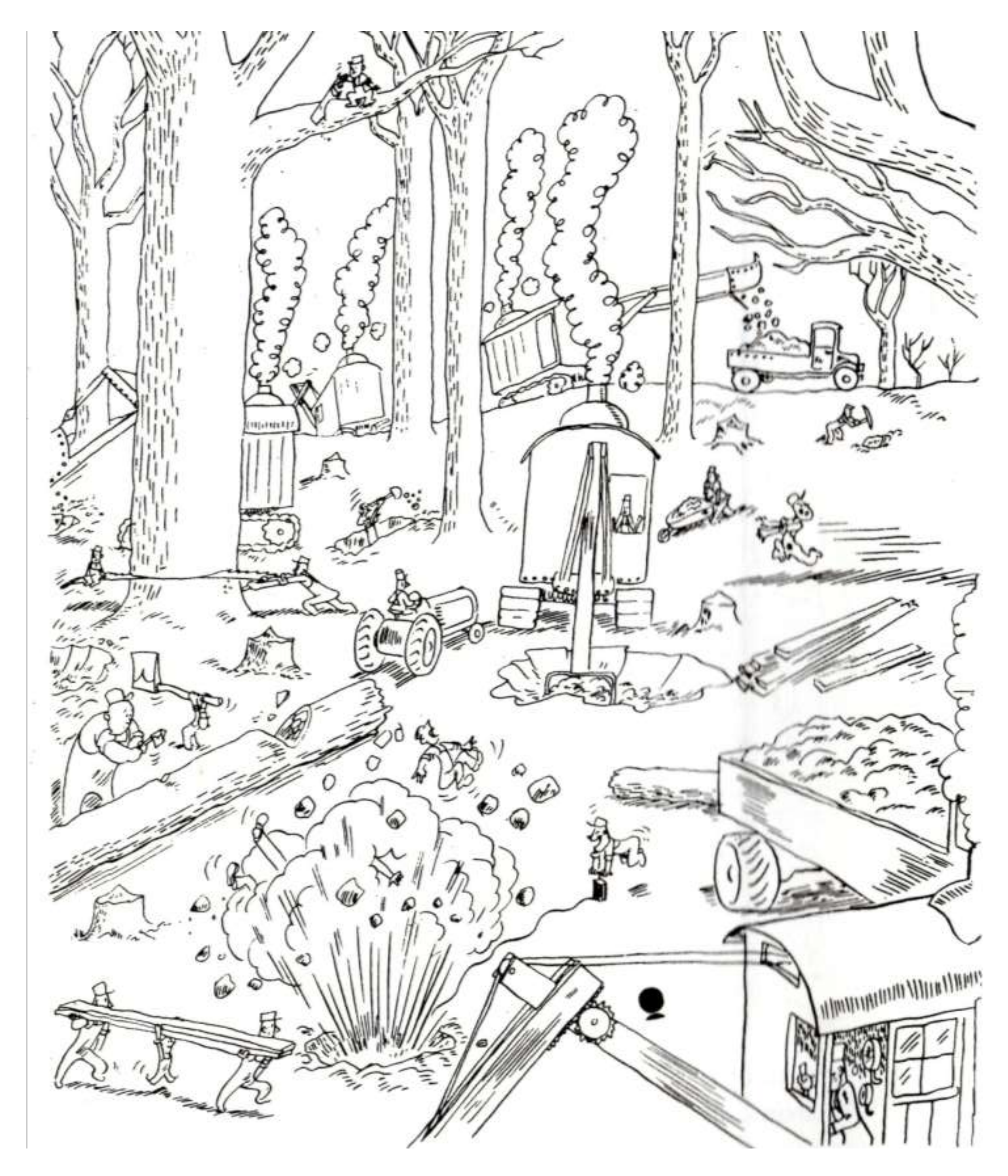


Y eso fue, precisamente, lo que hizo.



Poco tiempo después- para ser más precisos un miércoles llegaron unos hombres… muchos hombres que traían planos, mapas e instrumentos de medición.

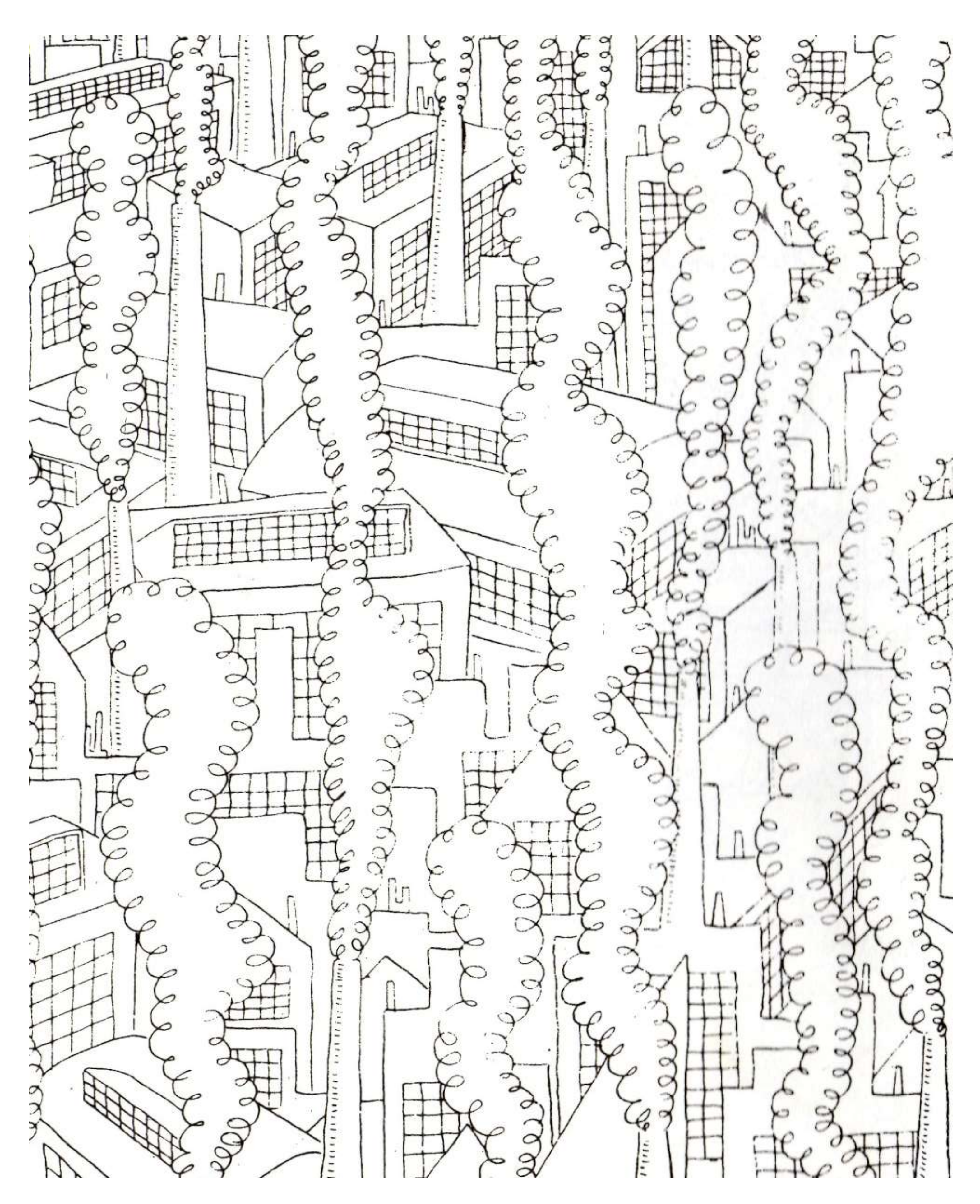
Trazaron, proyectaron, midieron de un lado a otro.



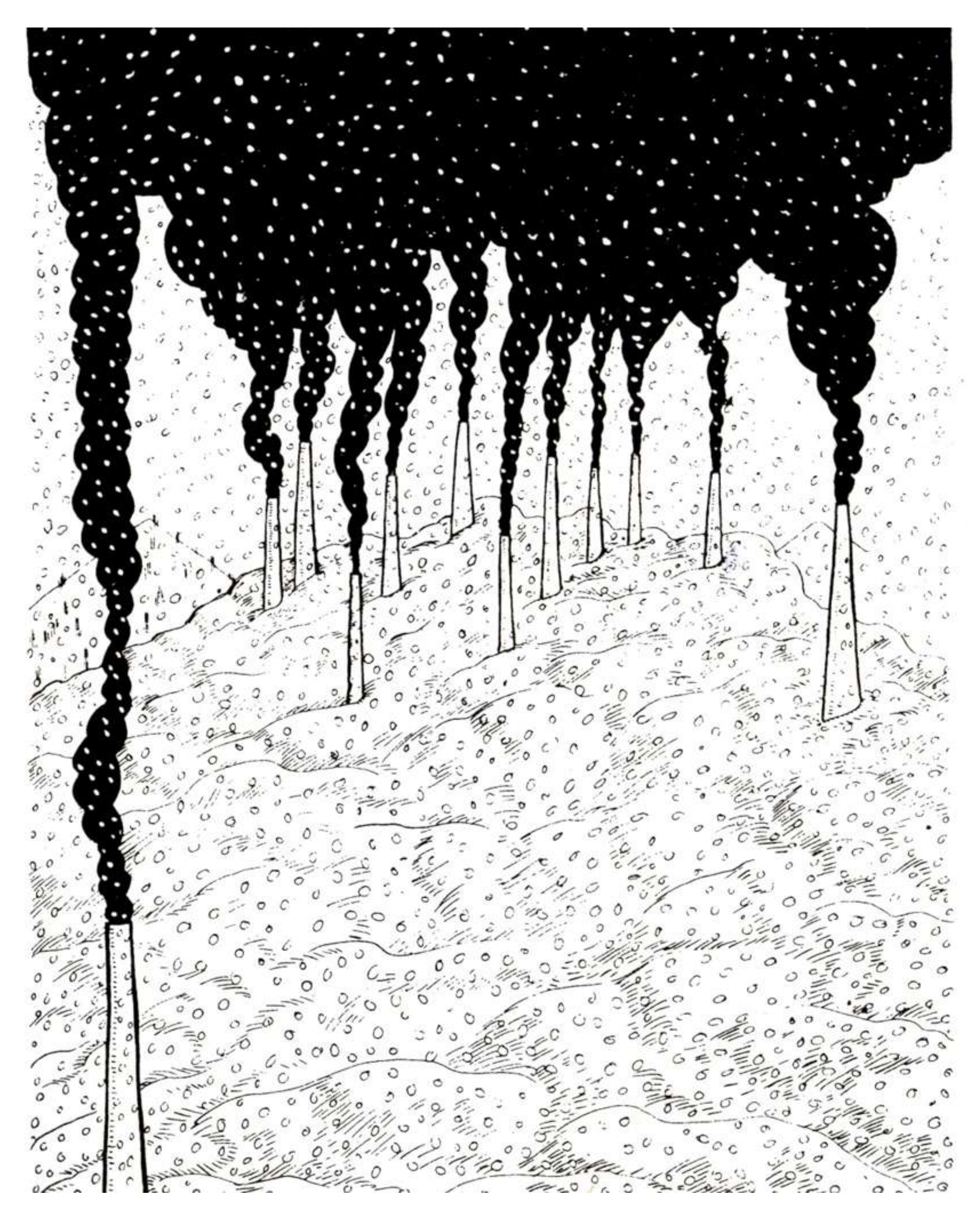
A continuación llegaron más hombres, muchos hombres con excavadoras, sierras y tractores. Excavaron, serraron, apisona-



ron y lo arrasaron todo de un lugar a otro. Y trabajaron y trabajaron hasta construir una gran, inmensa, colosal



Fábrica JUSTO ENCIMA de la cueva en la que dormía el oso.



La fábrica funcionó durante todo el largo y frio invierno.

y
entonces
volvió
la
PRIMAVERA





Allá, muy hondo, debajo de uno de los edificios de la fábrica, el oso se despertó. Parpadeó y bostezó.

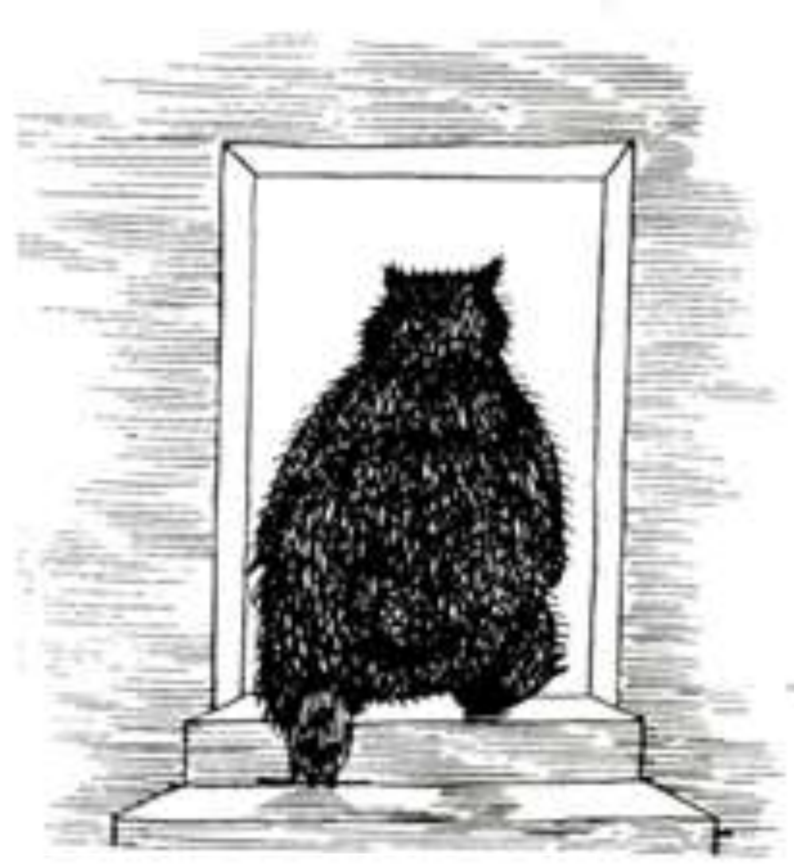




Aún medio dormido, se puso de pie y miró a su alrededor. Estaba muy oscuro. Apenas sí podía ver.



Pero a lo lejos vio una luz. “¡Ah!– se dijo–, allí debe estar la entrada de la cueva.” Y volvió a bostezar.



Subió las escaleras hasta la entrada y salió fuera, donde brillaba un sol primaveral. Tenía los ojos medio abiertos y seguía con sueño.



Pero poco tiempo iba a estar con los ojos a medio abrir.

De repente… ¡PAFFF!... se le abrieron de par en par. Miró fijamente lo que tenía delante.

¿Dónde estaba el bosque?

¿Dónde estaba la hierba?

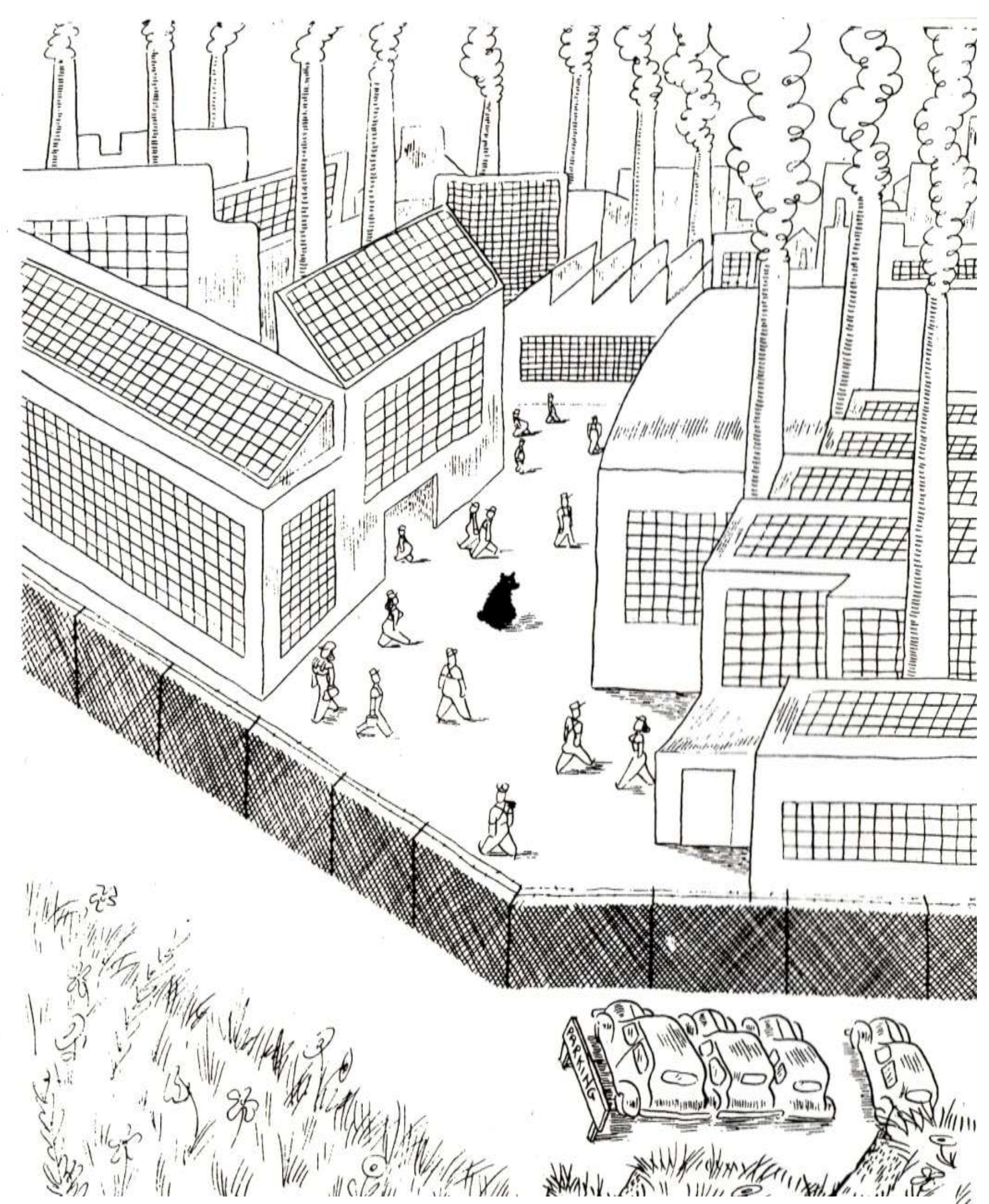
¿Dónde estaban los árboles?

¿Dónde estaban las flores?

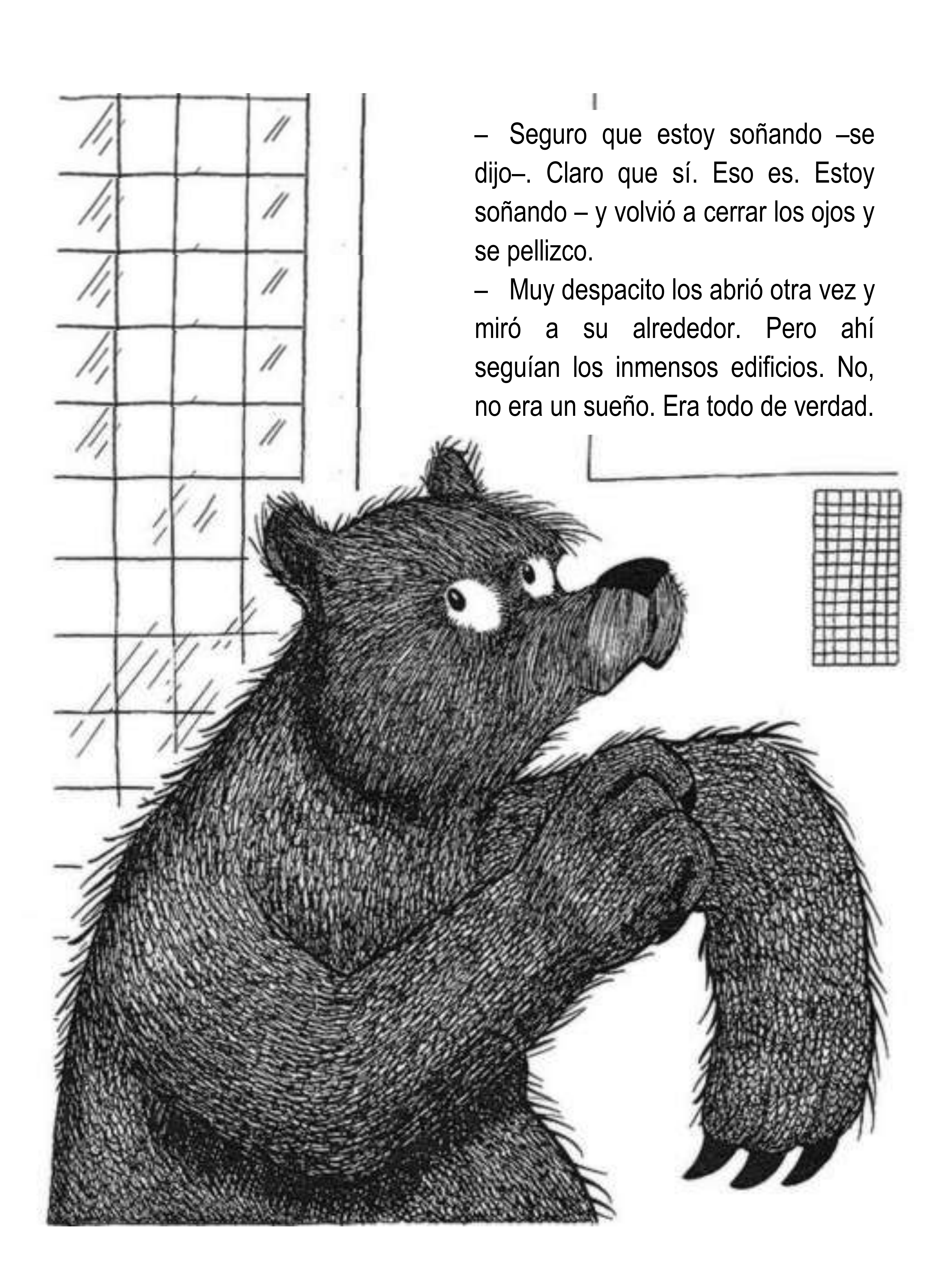
¿QUÈ HABIA PASADO?

¿Dónde estaba?

Todo le parecía raro. No sabía dónde estaba.



Pero nosotros si, ¿no es verdad? Sabemos que está justo en medio de una fábrica que está trabajando a tope.



– Seguro que estoy soñando –se dijo–. Claro que sí. Eso es. Estoy soñando – y volvió a cerrar los ojos y se pellizco.

– Muy despacito los abrió otra vez y miró a su alrededor. Pero ahí seguían los inmensos edificios. No, no era un sueño. Era todo de verdad.



En ese mismo instante salió un hombre por una puerta.
– ¡Eh, tú, ponte a trabajar! –le gritó–. Soy el C*apataz* y como no me hagas caso te voy a denunciar.
–Yo no trabajo aquí –dijo el oso–. Yo soy un oso.

El Capataz soltó una carcajada.



– Esa sí que es una buena excusa para no trabajar. ¡Decir que es un oso!

– Pero es que soy un oso – dijo el oso.

El Capataz dejó de reírse, muy enfadado.

– No intentes engañarme –le dijo–. Tú no eres un oso. Tú eres un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles. Te voy a llevar al despacho del *Gerente.*

– Se equivoca usted – dijo el oso –. Yo soy un oso.





El Gerente también estaba muy enfadado.

– Usted no e un oso. Usted es un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles. Le voy a llevar ante el *Vicepresidente Tercero.*

– Cuanto siento que me diga eso--- porque yo soy un oso.



El *Vicepresidente Tercero* estaba aún más enfadado.

Se levantó de su silla y dijo:

– Usted no es un oso. Usted es un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles. Ahora mismo voy a llevarle ante el *Vicepresidente Segundo.*

El oso, apoyándose en la mesa dijo:

– Pero eso no es verdad, yo soy un oso. Sencillamente soy un oso cualquiera, normal y corriente.



El *Vicepresidente Segundo* estaba más que enfadado. Estaba furioso.

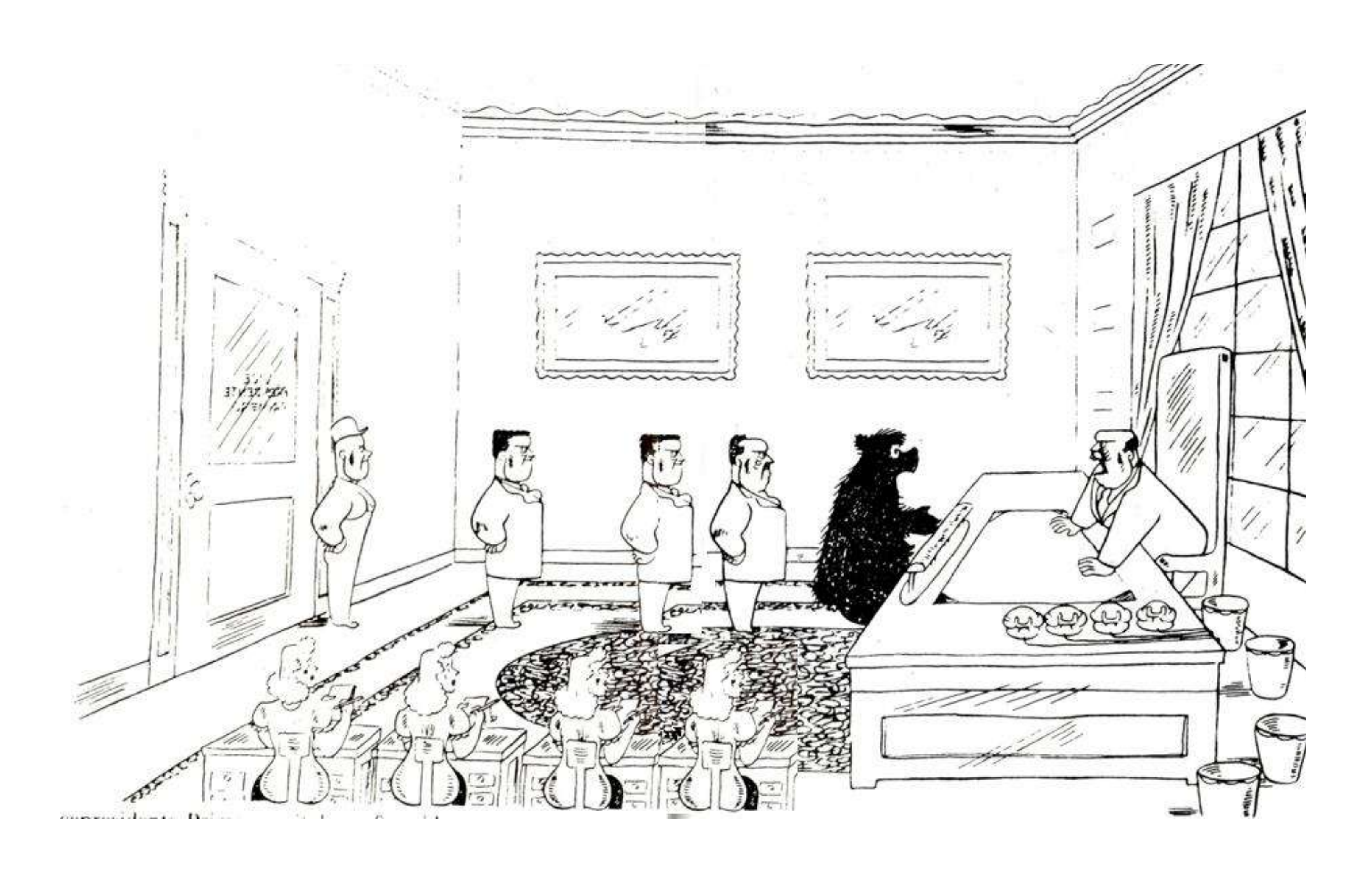
Apuntó con le dedo al oso y le dijo:

– Usted no es un oso. Usted es un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles. Vamos a ver al V*icepresidente Primero.*

– ¿Quién? ¿Yo?

– preguntó el oso–

¿Cómo puede usted hablarme así si yo lo que soy es un oso?.

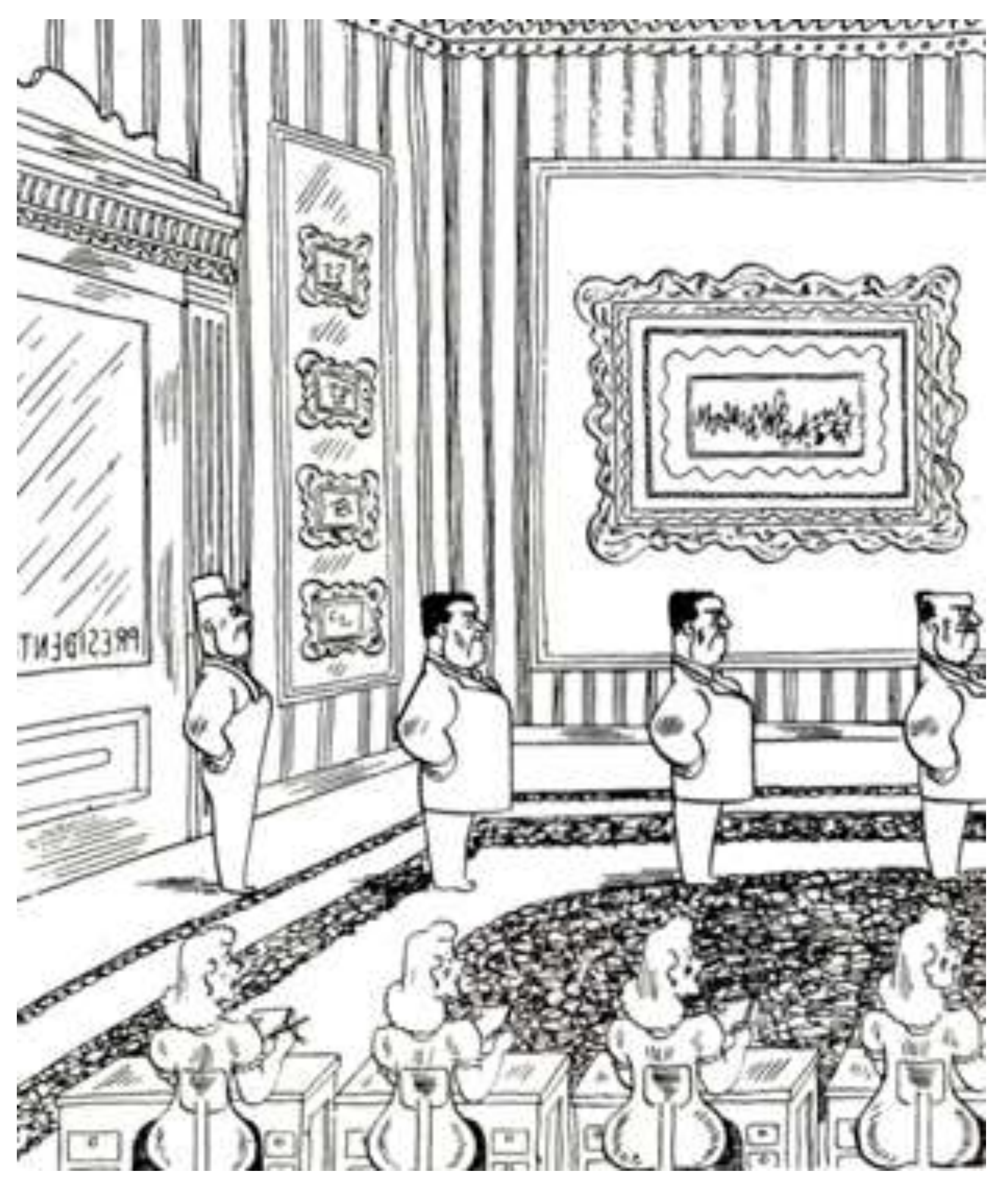


El *Vicepresidente Primero* gritaba enfurecido:

– Usted no es un oso. Usted es un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles. Le voy a llevar ante el *Presidente.*

Y el oso suplicó:

Pero mire, todo esto es un terrible error. Que yo recuerde, he sido un oso toda la vida.



– Escúcheme – le dijo el oso al Presidente –, yo no trabajo aquí. Soy un oso y por favor le ruego que no me diga que lo que soy es un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles, porque ya me lo han dicho el Vicepresidente Primero, el Segundo, el Tercero, el Gerente……..



… y el Capataz.

– Le agradezco que me haga la advertencia – dijo el Presidente –, y no sé lo diré, porque eso es, precisamente, lo que pienso que es usted.

– Soy un oso –dijo el oso.



El Presidente sonrió y dijo:

– No puede ser un oso. Los osos sólo están en los zoos o en el circo. Nunca están en una fábrica y usted lo está; usted está en una fábrica. Por lo tanto, ¿cómo puede ser un oso?

– Pero soy un oso – dijo el oso.



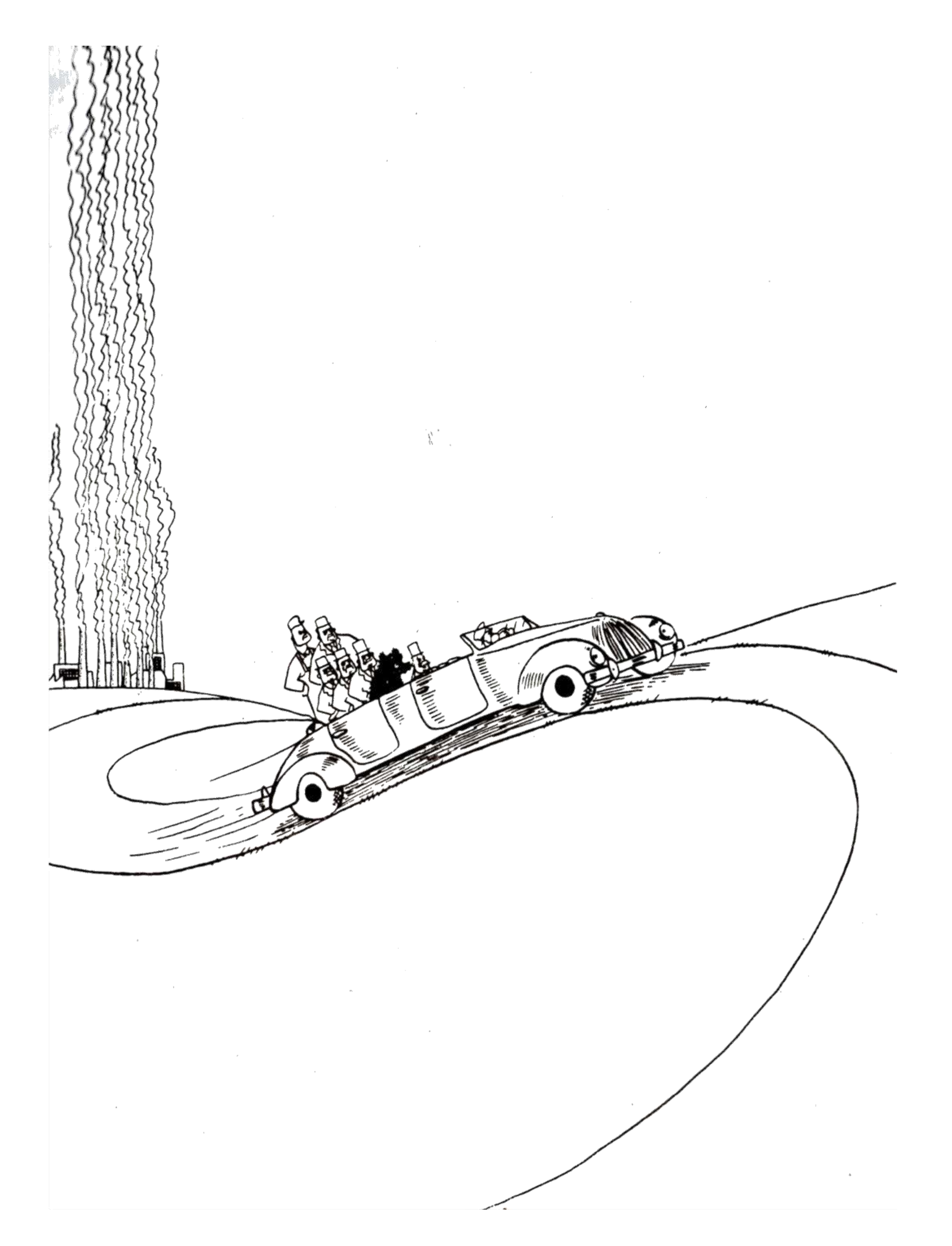


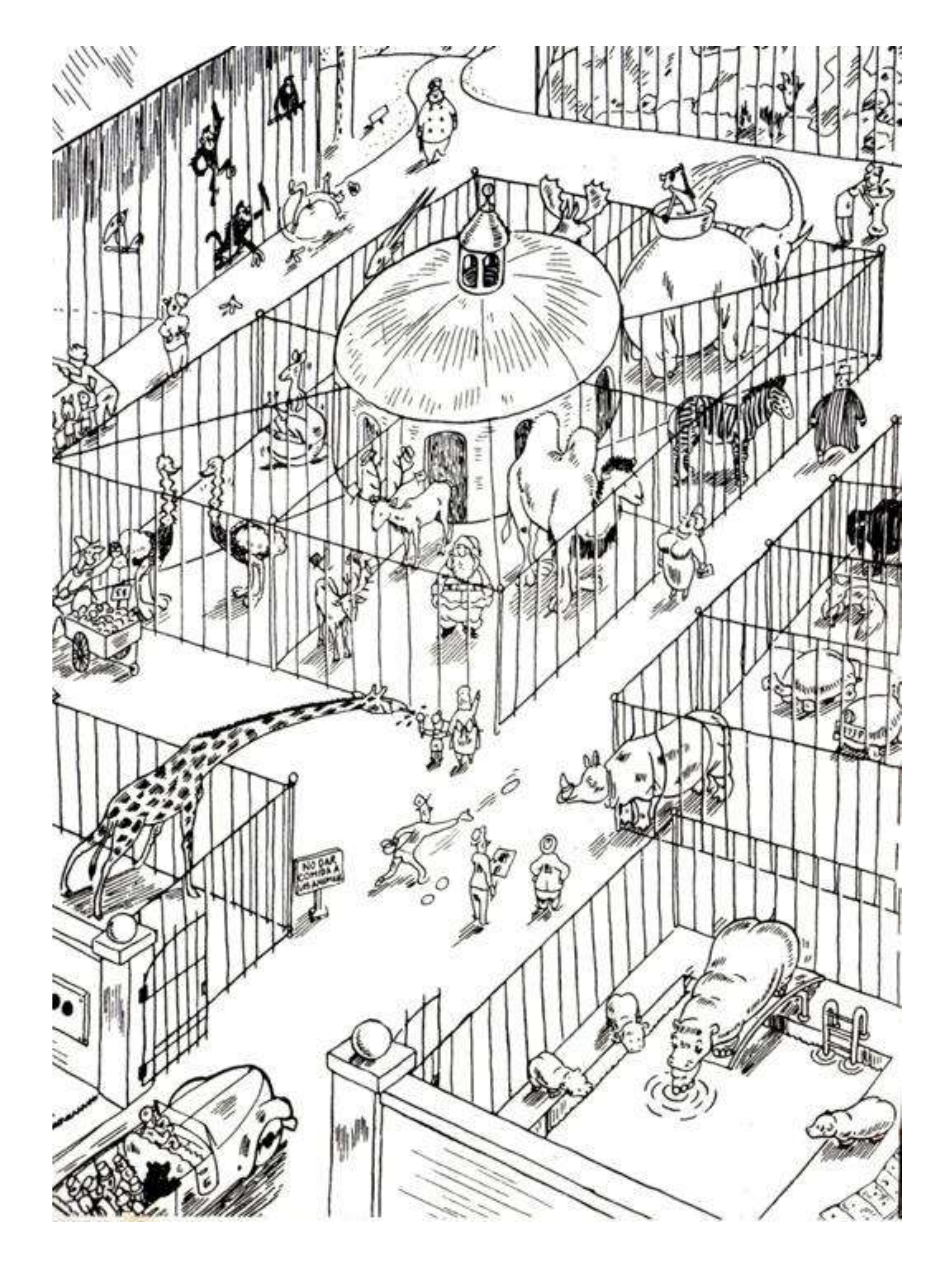
El Presidente dijo:

– No sólo es usted un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles, sino que además es usted muy cabezota. Le voy a demostrar, de una vez por todas, que *no* es un oso.

– Pero *soy* un oso – dijo el oso.

Y
ASI
SE
SUBIERON
TODOS
AL
COCHE
DEL
PRESIDENTE
Y
SALIERON
CAMINO
DEL
ZOO




NO DAR
COMIDA A



– ¿Es un oso éste? – preguntó el Presidente a los osos del zoo.

Los osos del zoo contestaron:

– No, no lo es, porque si fuese un oso no estaría fuera de la jaula con usted, sino dentro con nosotros.

– Pero soy un oso– dijo el oso.

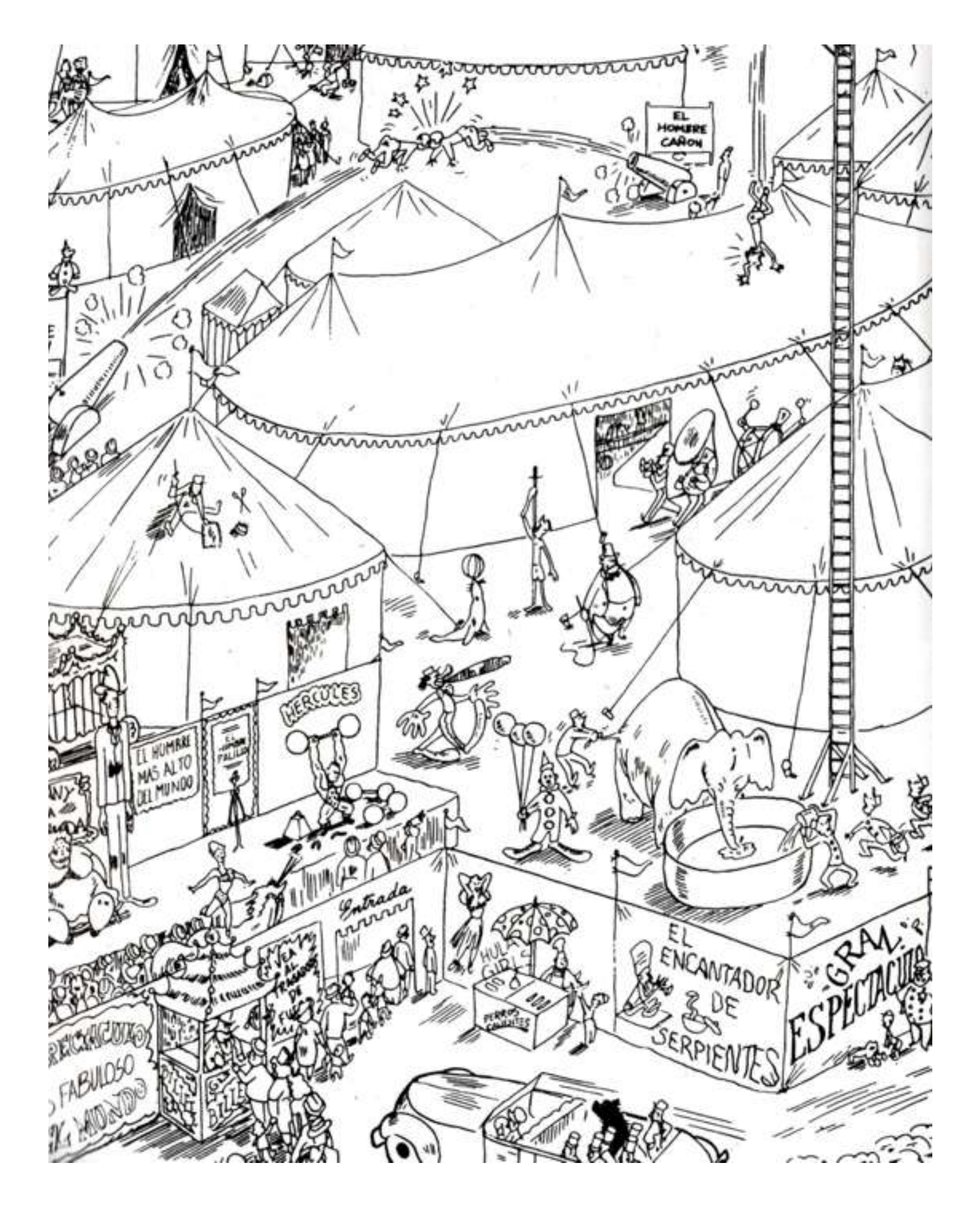


– Yo sé lo que es Usted dijo un osito del zoo; usted es un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles.

Y todos los osos del zoo se echaron a reír.

Pero soy un oso dijo el oso.

Y
TODOS
SE
FUERON
DEL
ZOO
Y
SE
DIRIGIERON
AL
CIRCO
MAS
CERCANO
QUE
ESTABA
A
MAS
DE
SEISCIENTAS
MILLAS


EL HOMBRE CAÑON
HERCULES
EL HOMBRE MAS ALTO DEL MUNDO
EL
PALILLO
Entrada
VEA AL
DE
HULA GIRLS
PERROS CALIENTES
EL ENCANTADOR DE SERPIENTES
GRAN ESPECTACULO
FABULOSO
MUNDO



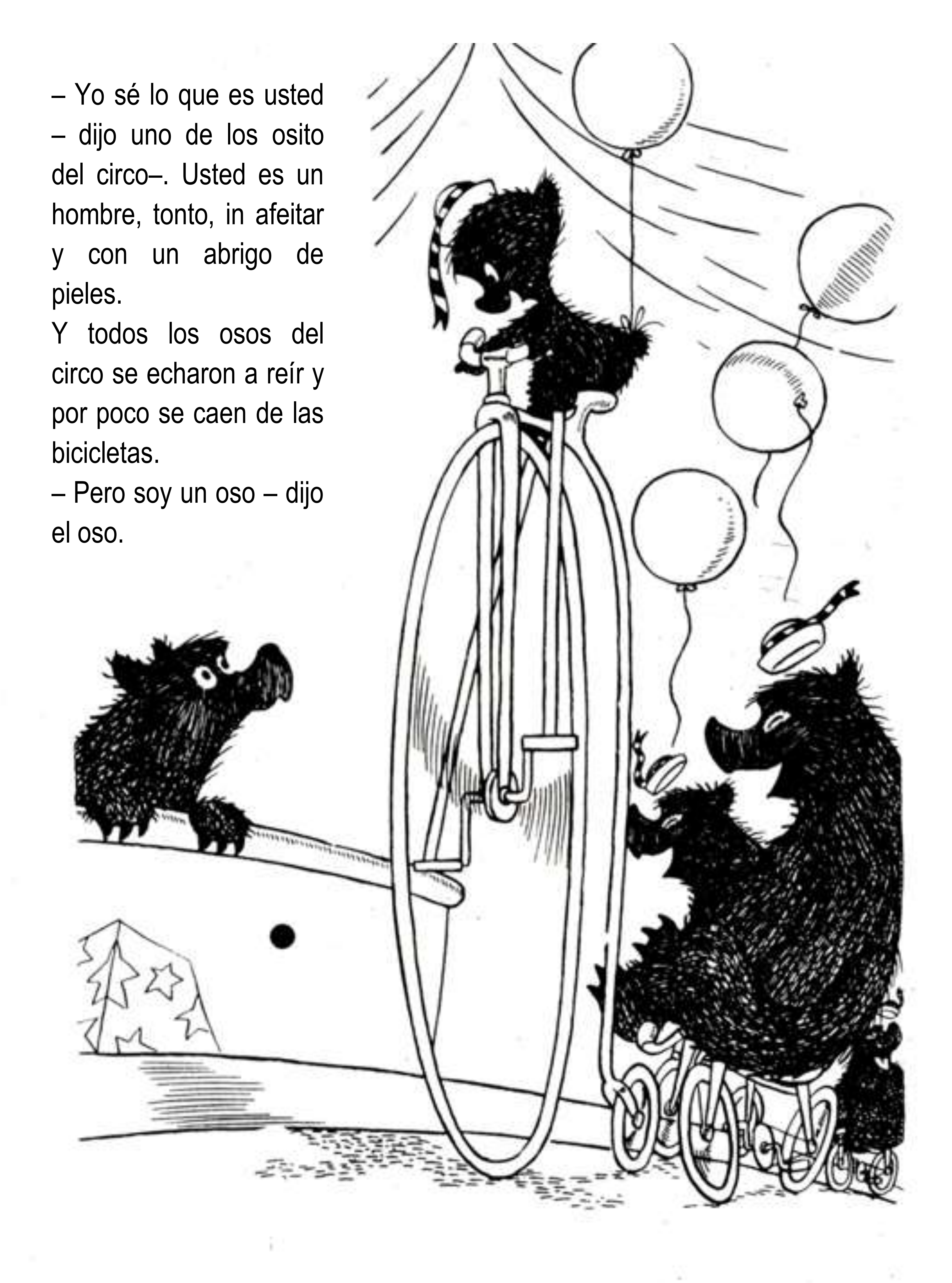
– ¿Es un *oso* éste? – preguntó el Presidente a los osos del circo.

– ¡Qué va a ser un oso! – contestaron los osos del circo–; si fuese un oso no estaría sentado en la tribuna con ustedes, sino que llevaría, como nosotros, un sombrerito con una cinta a rayas, un globo en la mano e iría montado en una bicicleta. – Pero soy un oso – dijo el oso. Y todos los osos del zoo se echaron a reír.

– Yo sé lo que es usted – dijo uno de los osito del circo–. Usted es un hombre, tonto, in afeitar y con un abrigo de pieles.

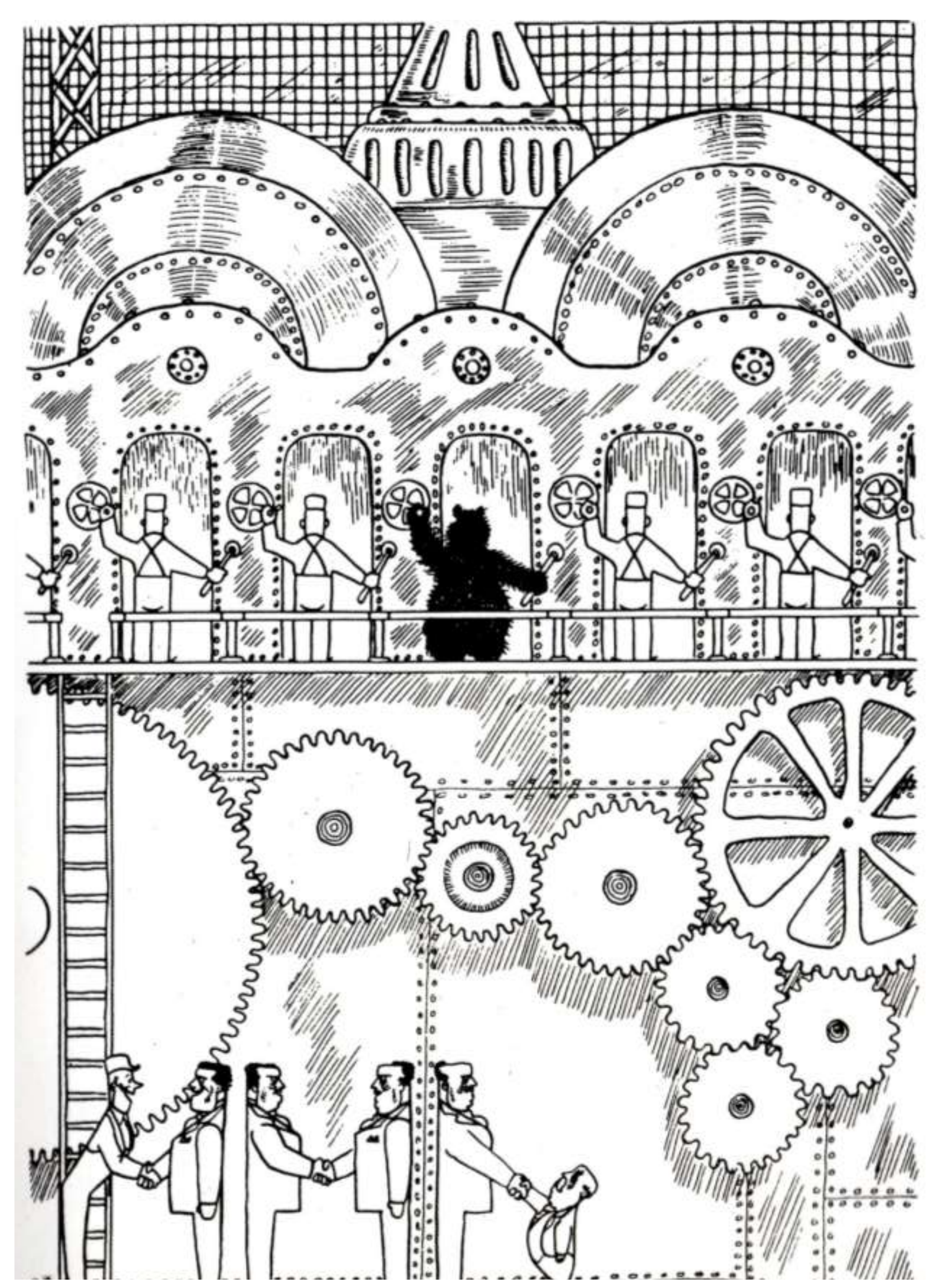
Y todos los osos del circo se echaron a reír y por poco se caen de las bicicletas.

– Pero soy un oso – dijo el oso.



Salieron del circo y regresaron a la fábrica.



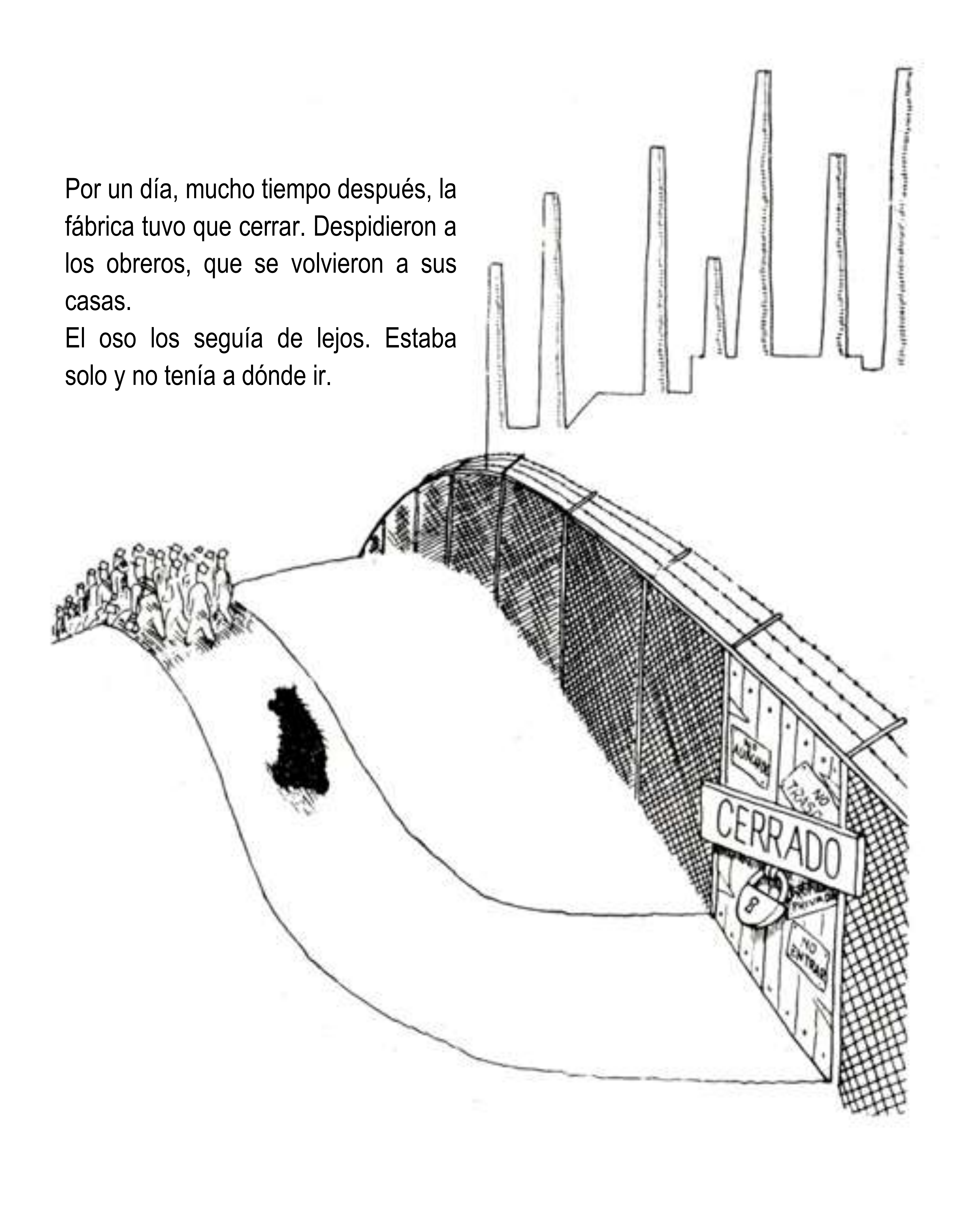


Así que cogieron al oso y le pusieron a trabajar en una máquina muy grande con un montón de hombres.

El oso trabajó meses y meses en aquella gran máquina.

Por un día, mucho tiempo después, la fábrica tuvo que cerrar. Despidieron a los obreros, que se volvieron a sus casas.

El oso los seguía de lejos. Estaba solo y no tenía a dónde ir.





Mientras iba caminando se le ocurrió mirar al cielo. Allá, muy lato, vio una bandada de gansos salvajes que volaban hacia el sur.



Miró desde abajo los árboles del bosque. Todas sus hojas se habían vuelto amarillas y marrones y caían una a una de las ramas.



El oso sabía que cuando los gansos volaban hacia el sur y cuando las hojas caían de los árboles, el invierno no tardaba en llegar. La nieve cubriría el bosque. Era hora de meterse en una cueva para invernar.

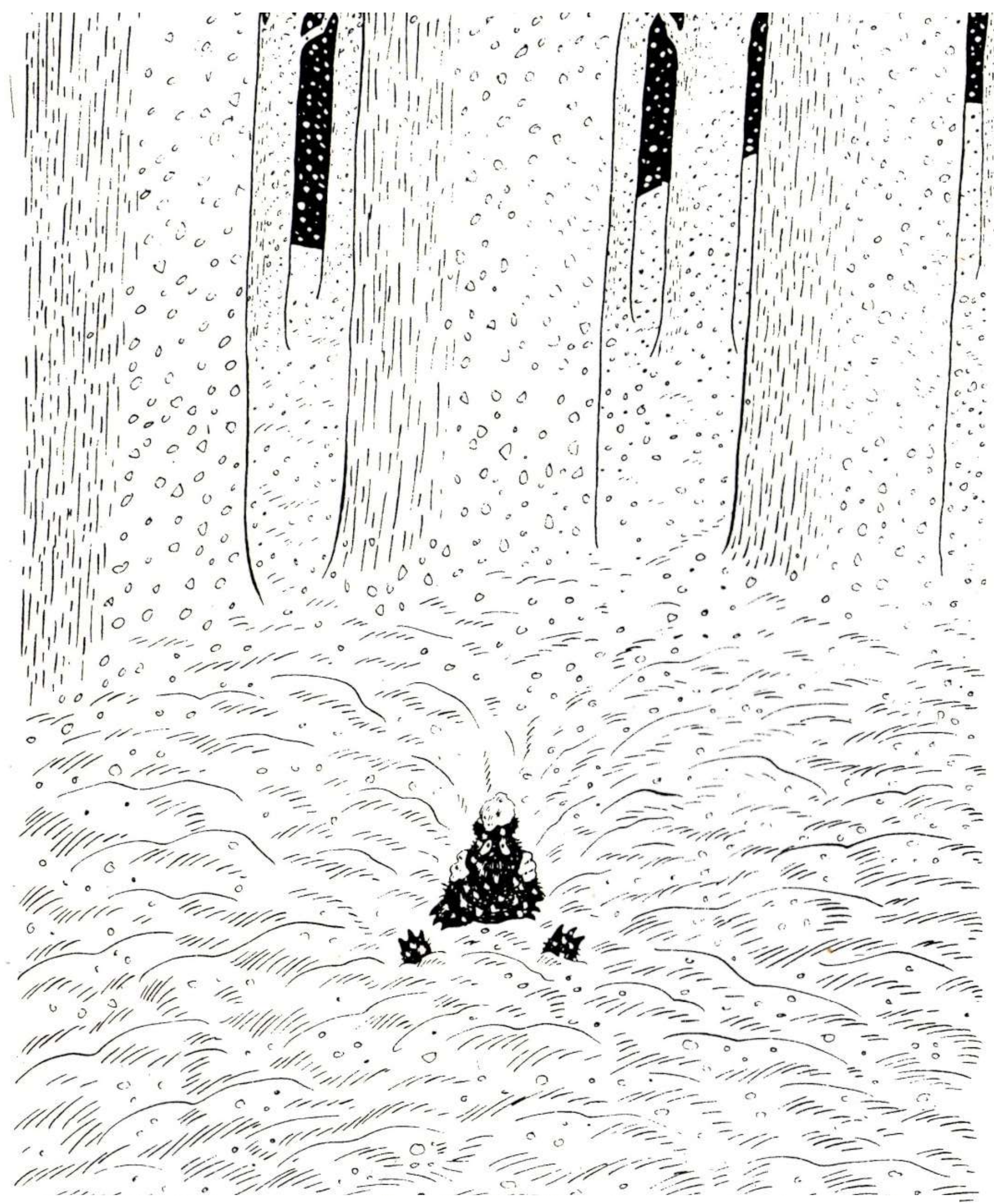


Y fue andando hasta un árbol enorme bajo cuyas raíces había una cueva oculta.

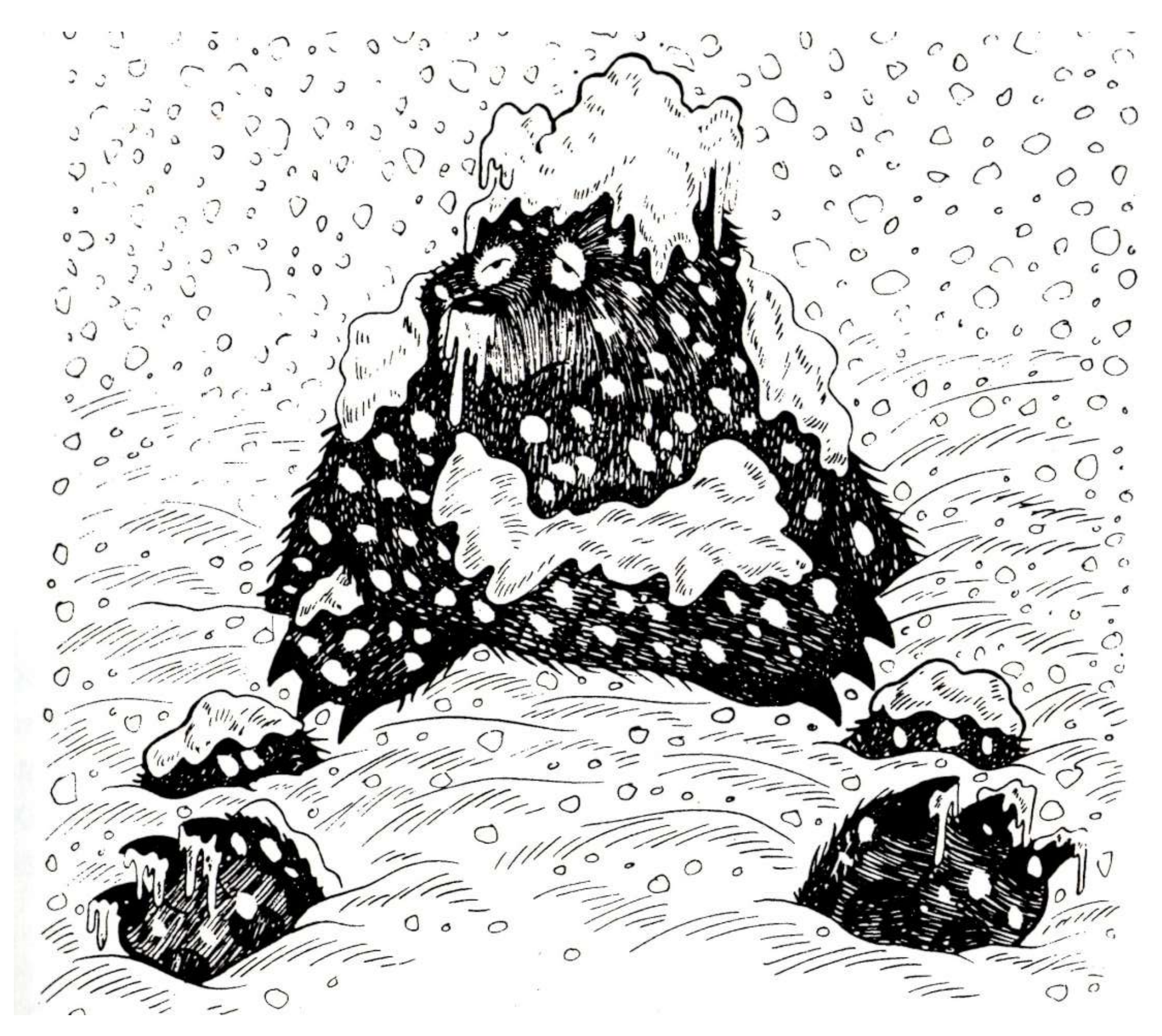
Cuando estaba a punto de entrar se paró y dijo:



– Pero NO puedo entrar en la cueva para invernar. NO soy un oso. Soy un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles.



Y así llegó el invierno y empezó a nevar. La nieve cubrió el bosque y también le cubrió a él. Estaba tiritando y se dijo: – ¡Ojalá fuera un oso!



Cuanto más tiempo seguía sentado, más frío tenia. Se le helaban los dedos de los pies y las orejas y le castañeaban los dientes. De la nariz y la barbilla le colgaban carámbanos de hielo. Le habían dicho tantas veces que era un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles, que se había convencido de que debía ser verdad.

Y así se quedó sentado, porque no sabía lo que tenía que hacer un hombre, tonto sin afeitar y con un abrigo de pieles que se estaba muriendo de frío en la nieve.

El pobre oso estaba muy triste y se sentía muy solo. No sabía qué hacer.

Pero de repente se levantó y cruzó la espesa nieve camino de la cueva.



Dentro se estaba calientito y a gusto. El viento helado y la nieve, tan fríos, no conseguían entrar. Y sintió cómo todo el cuerpo le iba entrando en calor.

Se dejó caer sobre un techo de ramas de pino y se durmió enseguida feliz. Soñó dulces sueños, como todos los osos cuando invernan.

Y aunque el CAPATAZ
y el GERENTE
y el VICEPRESIDENTE TERCERO
y el VICEPRESIDENTE SEGUNDO
y el VICEPRESIDENTE PRIMERO
y el PRESIDENTE
y los OSOS DEL ZOO
y los OSOS DEL CIRCO

habían jurado que era un hombre, tonto, sin afeitar y con un abrigo de pieles, yo sospecho que él se lo creyó, ¿no os parece?
No, desde luego que no. Sabía que no era un hombre tonto.



Y también sabía que tampoco era un oso tonto.